

Ciudades asexuadas

JOSE ANTONIO ABELLA

TODA ciudad, en lo esencial y originario, es femenina. Por encima de la casualidad o del capricho lingüístico, tal atribución de género debe de tener causas enraizadas en épocas ancestrales de nuestra vivencia del mundo. Porque no sólo es femenina la palabra *ciudad*, sino que también es femenino el concepto que impregna tal vocablo.

En sus inicios, la agrupación de seres humanos en torno a una fuente o a una peña no buscaba únicamente —por emplear la jerga empresarial de nuestros días— una optimización de recursos ante el objetivo común de la subsistencia, sino, sobre todo, la configuración física que materializaba en el binomio tribu/aldea un regazo protector ante la incertidumbre, también común, de la existencia. Retro trayéndonos de nuestra infancia como especie a nuestra infancia como individuos resultará más fácil comprender la esencia femenina y maternal de ese regazo protector; por otra parte, aceptada sin mayor complicación por una sociedad que nombra a sus ejemplares más notables con los apelativos de «hijo predilecto» o «hijo adoptivo», o por aquellos hijos —cada día menos

frecuentes que no se avergüenzan en hablar de su *patria*, grande o pequeña, con el distintivo de *madre*, en contraposición a los que se limitan a hablar de *país*, vocablo éste al que nunca hemos visto acompañado por el apelativo de *padre*.

En la actualidad, el crecimiento homogeneizador de nuestro siglo hace que las ciudades modernas se diferencien muy poco entre sí, aunque estén separadas por miles de kilómetros y formen parte de culturas en apariencia muy distintas. Y no sólo se igualan las unas a las otras, sino que en sus propios elementos se va mezclando lo femenino y lo masculino hasta conformar un todo neutro. Dicho en el argot de los planificadores —ustedes me perdonarán la simplificación grosera—, *las* casas se convierten en *los* edificios; *las* calles, en *los* carriles viarios; *las* plazas, en *los* espacios estanciales; y *las* gentes, en *los* usuarios. Ya no es tan fácil saber a qué género pertenecen nuestras modernas urbes de cemento y cristal, porque ese afán de reducir la riqueza de lo diverso a la uniformidad de lo mediocre ha tendido a producir ciudades neutras habitadas por ciudadanos neutros; urbes asexuadas pobladas por urbanitas asexuados, es decir, carentes de todo impulso ge-

nerador —genésico— de cambios, sumisos y conformes con una realidad que se les ofrece no ya como la mejor, sino como la única posible.

Es en las viejas ciudades donde todavía se puede seguir la pista de una evolución que va desde la caverna hasta el rascacielos y donde, al hilo de esa pista, quienes allí viven aún pueden percibir que lo hacen en un medio femenino y maternal. Segovia es un ejemplo perfecto para ilustrar lo que digo: cerremos los ojos e intentemos ejecutar la pirueta imaginativa de una metamorfosis antropocéntrica... A pesar del elemento fálico de sus torreones, de la masculinidad de su Acueducto y del machismo caballeresco de su Alcázar, a nadie se le ocurriría pensar en ella como en un apuesto varón, sino como una gentil dama (o macilenta o antipática, pero siempre pensaría-mos en una mujer).

Desde los abrigos prehistóricos del valle del Clamores hasta la elegancia dorada de la Catedral —por poner las dos etapas extremas de un desarrollo urbano que alcanzó su apogeo en el siglo XVI—, todo en esta ciudad tiene un toque de belleza femenina y madura, decrepita en ocasiones, que no armoniza bien con ese maquillaje estentóreo de vieja

pintarrajeada con el que algunos quieren cubrir la dignidad de sus arrugas. Todo maquillaje debe ser lo suficientemente sutil como para que no se note. Y esta cuestión de la sutileza es todavía más complicada cuando, en lugar de maquillaje, de lo que se habla es de cirugía: no por implantar una moderna prótesis en la cadera de nuestra vieja madre lograremos que ésta pueda llevarnos hasta la oficina al volante de un fórmula uno.

No es fácil nadar contra corriente, y menos cuando ésta se transforma en el fluido neutro y asexuado de *lo* corriente. El cansancio me hace pensar que acaso las ciudades no tengan ya nada que ver con *las* características femeninas ni maternales; que *los* automóviles, *los* túneles, *los* aparcamientos y *los* ruidos quizá sean el complemento perfecto de *las* aceras (inexistentes, por cierto, en una gran parte de Segovia), *las* calles, *las* plazas y *la* tranquilidad; que lo que ayer facilita la vida es lo mismo que hoy la complica; que todo tiene cabida en esa metamorfosis de la neutralidad y la inconsciencia; y que, como lo que debería ser refugio se ha convertido ya en campo de batalla, poco importa seguir tirando piedras contra nuestro propio tejado.